

Un documento.

4-42

1

("El Día Gráfico," Barcelona, 26 setiembre 1914)

NUESTROS COLABORADORES

Deferente *EL DIA GRÁFICO* con todas las ideas, respetará, en esta sección, las opiniones de sus colaboradores, aun cuando en ocasiones no participe de ellas.

UN DOCUMENTO

TENGO una costumbre que no se la recomiendo a mis lectores y es que cuando tengo por fuerza que entrar en un retroceso público—y sólo por fuerza y muy fuerte ha de ser—me entretengo en leer las soecas, estúpidas y groserísimas inscripciones que enucian las paredes de tales lugares. A las veces se saca algo de este penoso estudio de la más baja pornografía y marranería. Y no cabe negar que en tales lugares se encuentra uno alguna vez con verdaderos rasgos de ingenio, aunque de muy baja estofa.

No hace mucho, bajando de Bussaco, el hermosísimo monte de Portugal, espléndido retiro y estupendo balcón de panorama, tuve que entrar en el retrete de la estación de Luso. Y me puse, como acostumbro, después de haber salido del mal apuro que allá me llevó, a registrar las inscripciones de sus paredes. Las de siempre, las mismas de aquí, de España, las de todas partes. Mas entre ellas me encontré con un documento curiosísimo y digno de ser conocido.

Entre todas aquellas gorrinadas y estupideces había este estallido de... ustedes verán de qué. Y es que decía —fielmente traducido,—y más que traducido, traspuesto, pues el portugués más se traspone que se traduce, así:

«¡Cuán atrasada está la educación de nuestro pueblo! Estos ejemplares dan cabal prueba de ello. Bueno sería que en lugar de esto que revela estupidez se escribiesen máximas de Herculano, João de Deus, Camilo, La Fontayne, Cont, Dante, Zola, Camilo Flammarión, Víctor Hugo, Cambón, Ehsen, Perry y otros porque concurrirían al levantamiento moral e intelectual de un pueblo.

El de Souza».

¿No es acaso este un documento interesantísimo?

Vedle al apóstol de la Cultura—con letra mayúscula—encendido en santo celo y pre-



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES

dicando su evangelio en las paredes de un retrete público! ¿Sería un pedagogo? ¿un sociólogo? (Noten qué bien suena eso de—ago—ólogo) ¿un anarquista? ¿un simple cultural? ¿Sería un humorista? En este caso genialísimo y de una modestia heroica.

Anarquista no lo parece, aunque no haya nada tan cándido e infantil como los tales. Los anarquistas suelen ser cosmopolitizantes y uno de ellos, aún siendo portugués, no habría comenzado por los propios, por Hercúlo, por João de Deus, por Camilo Castello-Branco. Más me inclino a creer que fuese un pedagogo o paidagogo como dicen ahora algunos.

Aquel «Cont» es, desde luego, Comte, el filósofo en Portugal de Teófilo Braga, del gran Theophilo, a quien un paisano suyo le ha llamado hace poco el «homo sapiens lusitanus». Ebsen es, claro está, Ibsen, y en cuanto a Cambón y a Perry no sé quiénes sean estos dos señores, cuyas máximas, juntas con las del Dante y Flammarion, merecen estamparse en las paredes de los retretes públicos.

A los más de mis lectores les parecerá, no me cabe de ello duda, una criatura angelical por su candidez ese bueno de E. de Souza, evangelista en retretes de la pedagogía social, pero a mí me causa cierta relativa tristeza esa angelicalidad que no es tan rara como parece. Hay un pedagogismo que me da miedo.

Un amigo mío catalán me contaba que al salir una vez en Barcelona de oír una de

tantas conferencias como allí se dan—una conferencia sociológica, por supuesto—oyó que un obrero le decía a otro, en catalán: «esto es lo que nos hace falta; conferencia y mucha conferencia!» Y aseguraba mi amigo que el tal obrero pedagogizado debió de salir de la conferencia como el negro del sermón, con la cabeza caliente y los piés fríos.

En la segunda mitad del siglo pasado dominó una concepción pseudo-democrática de la cultura de una ordinarietà abrumadora. Pularon esas horribidas bibliotecas llamadas populares de vulgarización científica, y que como he escrito ya varias veces y lo repetiré muchas más, eran no de vulgarización, sino de avulgamiento. Y con ellas las no menos horribidas conferencias. Se invocaba a la ciencia para apoyar las más grotescas ramplonerías. El cientificismo, esa pestilente enfermedad, cundía como la ruda. Había que oír con



qué cómica gravedad, un honrado zapatero o forjador o sastre, ayuno de las más elementales nociones de matemáticas, aseguraba en un mitin que el socialismo por él profesado era... el científico!

Y esa terrible enfermedad, la de la pedantería plebeya—cien veces más terrible que la pedantería profesional, que la de los doctores—continúa, aunque con menos intensidad, haciendo estragos. Y es la que lleva a casos cómicos como el del honrado ciudadano El de Souza.

¡Cuántas veces se ha dicho y repetido una gran verdad y cuántas más se la olvida! Y la verdad es que la labor de los cultos no es la de poner la ciencia, el arte y la filosofía al alcance de lo que llamamos pueblo, sino poner al pueblo al alcance de la ciencia, el arte y la filosofía. Y esto último implica una noción complicadísima y que habría que discutir no poco. Porque los beneficios que el pueblo recibe de la ciencia, de la filosofía o del arte, no dependen de que se dedique a su estudio si es que no puede hacerlo debidamente.

Bien sé que al criterio que implican las últimas consideraciones que acabo de hacer le llaman algunos criterio de aristocratismo, mas hoy es el día en que como no sé aún bien qué es un «aristo» y qué un «demo», no distingo lo bastante la aristocracia de la degeneración. Lo que sí sé es que hay una triste angelicalidad popular que lleva a tomar las paredes de un retrete público a modo de tablas pedagógicas. Y sé también, por otra parte, que algo que se toma como buena fe y energía y entusiasmo y ruda eficacia, no pasa de ser tontería. Hay quienes se llaman a sí mismos jactanciosamente bárbaros y sin dejarlo de ser son mentecatos. Muchas veces la más vulgar ignorancia se disfraza de barbarie. Y otras el zorro se viste de lobo.

Como he pasado lo más de mi vida entre pedagogos profesionales, tiemblo de la pedagogía. Y créanme, si se borrara las más de las inscripciones públicas que aparecen en lugares que no son precisamente retretes, si se hiciera pasar una capa de blanca y limpia cal sobre tantas sentencias en paredes de edificios públicos—empezando por las escuelas—ganaría no poco la verdadera cultura. Da pena entrar a ciertos locales de escuelas y ver los cartelones, llenos de sonoras vaciedades honradas, que en ellos se ostenta.

Miguel de Unzueta.

4-42

3

Un documento.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S